

INTERVENCIONES EN LA ARQUITECTURA

Simón Marchán Fiz

*Catedrático de Estética y Teoría de las Artes de la UNED
Académico de Número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*

SIGFRIDO MARTÍN BEGUÉ

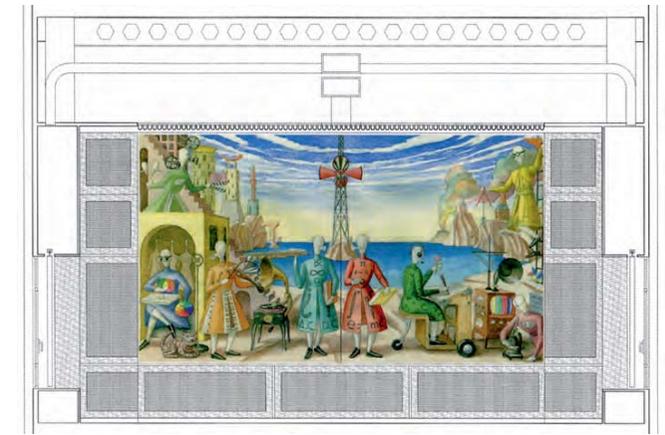
LA ALEGORÍA DE LAS FACULTADES (2000)

ESCUELA TÉCNICA SUPERIOR DE INGENIEROS INDUSTRIALES

La "Alegoría de las Facultades", ejecutada en temple sobre lienzo el año 2000 por el pintor, diseñador y arquitecto Sigfrido Martín Begué (1959-2010) para la Sala de Juntas Andrés Bello de la E.T.S. de Ingeniería Informática, es una interpretación libre de las disciplinas académicas que nuestra Universidad imparte a distancia desde hace cuarenta años.

Encargada como una pintura de dimensiones reducidas en atención al exiguo presupuesto, la generosidad del artista nos sorprendió gratamente con una obra que, teniendo en consideración su formato, dejó de ser un cuadro para convertirse en un mural adecuadamente enmarcado en la estancia. Dada la superficie que ocupa (aproximadamente 44 m²), casi cubre el paramento del fondo, confiriendo profundidad y puntos de fuga a un espacio bastante reducido. Espacialidad que se amplía también al dibujar en el plano ciego del mural la misma línea de horizonte que contempla el observador en el exterior, pues ello hace que el paisaje penetre en el interior y continúe virtualmente en el escenario de la representación.

La "Alegoría de las Facultades" actúa cual escenario y telón de fondo de una representación que, tomando como modelo la Escuela de Atenas de Rafael en las "Stanze Vaticane", prosigue la estela de una práctica universitaria, inexistente en España pero frecuente en universidades centroeuropeas como la de Bonn y los frescos, que provocaron un gran escándalo académico, por Gustav Klimt para la Universidad de Viena. En sintonía con esta tradición Martín, Begué narra de un modo alegórico las actividades docentes de la Universidad Nacional de Educación a Distancia como si se encontraran de un modo casual y convivieran al modo kantiano sin cita previa en una disputa de las Facultades en la que, idealmente, prevalece el conocimiento sobre el interés. En el desafío artístico para lograr estos objetivos temáticos se aprecia la maestría de un artista



que, además de ejercer el oficio pictórico, ha realizado excepcionales escenografías teatrales en España e Italia. Una influencia del teatro que se aprecia igualmente en esta atractiva y original escenificación.

Martín Begué fabuló la alegoría sobre la UNED como un juego sutil entre los recuerdos velados de la memoria y las premuras del presente, exhibiendo en su arriesgada apuesta un enorme sentido de la ironía, de la parodia y del humor, que bien pudiéramos calificar de "postmoderno". Preocupado por conciliar las tradiciones clásicas y las modernas, en esta alegoría usufructúa por igual las convenciones de la historia pictórica y las subversiones lingüísticas a la manera de Marcel Duchamp y otros vanguardistas.

Como en sus pinturas coetáneas, la fragancia formal de la alegoría se destila en el alambique de las tensiones que borbotan entre los posos tranquilos de la historia y las efervescencias del presente. Más en concreto, en las vivencias de un clasicismo para nada estilístico formalmente ni naturalista, mediado por una recepción en la modernidad a través de la pintura "metafísica", del Novocento italiano o de los dispositivos populares de la cosmética y la moda, la publicidad y el Kitsch. Tal vez por ello, está en condiciones tanto de bromear e ironizar a la manera "pompiere" como de recurrir con solvencia a los estilemas dadaístas, neoplasticistas, constructivistas, si es que no a los estereotipos de la actualidad.

En esta ocasión, Martín Begué exploró preferentemente los artificios ilusionistas de la figuratividad, como el cromatismo nítido y puro, la iluminación y la espacialidad, pero, igualmente, los más "conceptuosos" de la iconología institucional, aunque sin tomarla demasiado en serio. En

consonancia con estas previsiones, las figuras alegóricas personifican de una manera desenfadada las diferentes destrezas y habilidades que, supuestamente, corresponden a las "Facultades" universitarias.

Asimismo, usufructuando la figura artística moderna del desplazamiento y de la descontextualización espaciales, el mural se despliega, refrescando nuestra mirada, en unos horizontes marinos amplios y perdidos en la lejanía como si de una heterotopía foucaultiana se tratara. Unos horizontes, que unos hombres audaces, unos indagadores dispuestos a lanzarse cual argonautas del ideal a los mares inexplorados del saber, se disponen a traspasar en las distancias desde una torreta tecnológica. Menos mal que los fervores tecnológicos se ven rebajados por la quietud de la naturaleza en un simulado puerto ostiense, resultante, en palabras del propio artista, "de un cruce mestizo entre uno de Claudio de Lorena y otro de Fra Angelico". Da la impresión, en efecto, que el enclave nos transporta a un paisaje idealizado que pudiera ser el de la costa meridional italiana; de alguna manera, parece evocarnos una suerte de Mediterráneo ideal existente en ningún lugar, en el que incluso, aprovechando la luminosidad que habilitan los ventanales ampliamente rasgados de la sala, se filtran las transparencias del paisaje "velazqueño" que reverbera la cercana sierra de Madrid.

La torreta, situada enfáticamente en el eje central de la composición, sirve de antena y ejerce como altavoz que propaga a través de las nuevas tecnologías un optimismo similar al que emitiera el Radio Orator del constructivista Gustav Klucis en los momentos fervorosos de su activismo revolucionario. Desde ella las disciplinas impartidas por la UNED pretenden irradiar sus saberes "de la misma manera que la Santísima Trinidad irradió la fe en el fresco «La Disputa del Sacramento» de Rafael". De nuevo, en el sentir de Martín Begué, la escenificación alegórica es inseparable de la ironía.



Durante estos años, Martín Begué estaba un tanto obsesionado en las pinturas, los dibujos, el diseño de muebles o el lúdico, por los autómatas. Convertidos en protagonistas, el carácter mecánico de sus trajes-máscara parece transfigurarse en metáforas tecnológicas de la capacidad difusora de la UNED. No es extraño, por tanto, que en la "Alegoría de las Facultades" uno de sus rasgos enigmáticos estribe en que cada figura se halle representada a la manera de los maniqués de C. Carrà, pintor del Novecento, pero no resulta menos llamativo que identifiquemos con más facilidad sus atributos gracias a un toque humorístico en sus narices, que no se sustraen a la fascinación que suscitaba en el pintor el popular personaje de Pinocho, protagonista en otras pinturas suyas.

En el centro del escenario, resaltando la simetría y la jerarquía a la manera de la Escuela de Atenas, los dos autómatas parodiados: Platón y Aristóteles encarnan respectivamente el mundo de las Letras (Historia y la Filosofía) y de las Ciencias Matemáticas y Naturales (la Física). En el lado izquierdo de la representación escénica, en la parte superior está

personificada la cinematografía, mientras que en la inferior, tal como sugieren los discos cromáticos de Newton y Goethe y el dibujo geométrico sobre el bastidor, la Física y la Óptica conviven con las musas “metafísicas” del escaparate; a su derecha, el maniquí tocando un instrumento de cuerda y el anacrónico gramófono con una bocina enfatizada parodian la música.

Contrarrestando tal vez cualquier sospecha racionalista, en el lado derecho el poeta sentado, sosteniendo y contemplando una rosa, parece escribir aquel repetitivo poema cubista de Gertrude Stein, entrañable amiga y musa de Picasso: “A Rose Is a Rose Is a Rose...” En la parte inferior la Radio y la Televisión aparecen como aparatos técnicos encarnando a las Ciencias de la Comunicación, mientras un absorto biólogo, ajeno a lo que le rodea, escruta los cromosomas. Por último, en el lado derecho superior el arquitecto, atusado con las míticas gafas de Le Corbusier que tanta fascinación han ejercido entre sus colegas, parece sobrevolar sobre las restantes figuras, pertrechado en la memoria de la historia, el compás, la plomada y el cartabón.

El anacronismo de las figuras en las vestimentas y los atributos proviene más de una representación escénica que de una verosimil; de una treta para intensificar el carácter alegórico. Un sentido similar segregan las arquitecturas que las enmarcan en las más diversas “maneras”: iluminista, “metafísica”, racionalista, rossiana, postmoderna, etc. Si bien no se difuminan las tensiones entre las figuras, el paisaje marino con sus cortantes acantilados y las arquitecturas de la razón, la composición logra recuperar la armonía, tan añorada desde la Ilustración, entre la naturaleza y el mundo artificial, aunque sea desde una cierta melancolía bañada por una suave luz crepuscular.

En los juegos de la imaginación, que cristalizan con ironía en la “Alegoría de las Facultades”, el naturalismo imitativo de la pintura no está reñido con el arte como una ilusión comprometida con el deseo y una voluntad de vida en cuanto poder de simulación y seducción. Por eso, en esta gran pintura Martín Begué no sólo recurre a los artificios del ilusionismo pictórico, a las trampas para la mirada, sino también a los artificios del entendimiento, a los que nuestro Baltasar Gracián denominara en *Agudeza y arte del ingenio* “los artificios conceptuosos” como primorosa concordancia y armónica correlación “entre dos o tres conocibles extremos”. Por eso, aparte de primorosa y armónica, la “Alegoría de las Facultades” es una invitación a estrechar alianzas entre los conceptos y el arte del ingenio con la ironía y, aún más, con una voluntad de vida que, lamentablemente, el destino truncó prematuramente hace un par de años al mismo pintor.

S.M.F